



CAPÍTULO VI.

EL NUEVO PARAÍSO.

CHONA y Salvador, como Adan y Eva, buscaron otro paraíso. Desde esta primera evasión, el hombre ha dado en confundir su conciencia con la de los demás.

El delincuente que lleva en sí mismo la reprobación de sus acciones, llega hasta creerse otro ante otro público.

Todo actor silvado, cambia de teatro con la esperanza de que el nuevo público no le silve.

Pero la humanidad sería doblemente des-

graciada, si esta teoría diera seguros é invariables resultados.

Chona y Salvador según decíamos, buscaron otro paraíso.

Se establecieron en Querétaro.

Encontraron una casita á medida de su deseo; mas rústica que urbana, mas en el campo que en la ciudad.

Tenía todo lo muellemente comfortable que puede pedirse á un nido de amor.

Salvador y Chona sabían muy bien que el dinero todo lo puede; había más, lo palpaban.

Salvador le adivinó á Chona sus menores pensamientos.

La traía en la palma de las manos.

La adoraba.

Chona no tenía qué pedir: tenía en primer lugar mucho amor, todo el amor que se necesita; tenía muchas comodidades, todas las comodidades que se necesitan.

Jamás pareja alguna fué mas dueña de sí misma.

Salvador hizo construir un gabinete en-

cantador. Era un gabinete azul, azul y oro, todo allí era azul, desde la alfombra: los muebles tapizados de terciopelo azul.

Había hasta un lujoso tren de cristal azul y oro, que consistía en una charola, dos vasos, una azucarera, una jarra chica y una mas grande.

Allí no se podía beber sinó néctar celestial.

La hada de un cuento oriental no se hubiera desdeñado de beber en uno de aquellos vasos.

Tenía el gabinete una ventana que daba vista al campo.

Mas altas que la ventana, trepaban las madreselvas y los jazmines blancos.

Sentarse en una de aquellas góndolas azules equivalía á suspenderse, á perder la idea del peso de uno mismo: tan muelles eran las góndolas.

La cama era una cama de rey, cama-trono, blanda como nube.

Podría decirse que era posible dormir en un celaje.

Pendía del techo una lámpara gótica, también azul, y que difundía en la habitación una claridad que se parecía á un vértigo de amor.

Y el ambiente de aquella pieza, era una irradiación de perfumes, era el gran nectario de una flor colosal, nido de dos coleópteros ebrios de miel.

Salvador había hecho conducir allí, algunos de sus bronce; pero había cuidado de que no le trajesen ni su Leda, ni su Casta Susana, ni su Vénus púdica; no había más que una Psiquis y un Cupido hermosísimos; dos cuadrillos pintados por Alejandro Casarín, y dos estudios del pastel que Ramón Rodríguez Arangoiti hizo en Roma.

Había también pocos libros, los necesarios para cubrir dos repisas de terciopelo con flecos, que llenaban dos ángulos de la habitación.

Estos libros no los había leído mas que una persona en París: una baronesa muy espiritual.

Salvador tenía una magnífica colección

de grabados, de primera impresión los más, algunos apuntes originales de Rosa Bonheur y un album de artistas.

Nadaban seis peces de color en una gran bomba de cristal soportada por un tripié de metal dorado, y cantaban varios pájaros prisioneros en primorosas jaulas en un espacio anterior á aquel retrete, espacio que un jardinero había convertido en un bosque de hortensias y otras plantas de sombra.

Todo aquello no lo habían visto más que los obreros mexicanos que Salvador había hecho llevar allí, pagándoles muy bien para que lo hicieran todo pronto y regresaran á México.

Chona era la perla de aquella concha, y la concha estaba, como en légamo, oculta en una casa como todas.

Salvador era gastrónomo, y tenía un cocinero francés que se pasaba una vida de príncipe, y gozaba un sobresuelo por no decir para quién guisaba.

Ya hecho todo, los dos amantes felices se pusieron uno frente á otro; Salvador en ba-

ta, Chona en el mas encantador de los trajes; tenía uno todo blanco, y un peinador de encajes que valía un tesoro.

Sólo una vez se lo había puesto la baronesa.

Salvador tenía una verba inagotable, el silencio y la ociosidad le amenazaban como dos potencias enemigas, y tenía cierta festinación y cierta prisa en procurar que no hubiera pausas, ni inanición, ni silencio, ni *statuquó*; le temía á todo esto, y procuraba vivir, moverse, hablar, reírse, hacer reír á Chona; proyectaba, inventaba, complicaba; los asuntos mas triviales los hacía grandes.

Chona se dejaba llevar, seguía con formalidad las discusiones sobre los asuntos mas triviales, porque la trivialidad se hacía allí un elemento indispensable.

—Estoy segura, decía Chona, de que colocando el reloj abajo del otro espejo, estos dos broncees tendrían aquí mejor vista, porque la luz viene de la ventana y los favorece.

—Voy á darte gusto, contestaba Salvador,

pero esto es contra todas las reglas de la estética; no me opongo á que ganarán las figuras, pero la cuestión de gusto no está resuelta; poner juntos esos dos candelabros pompeyanos con los dos broncees es una amalgama insoportable, vas á verlo.

Y Salvador pasaba de un lugar á otro los candelabros y el reloj, diciendo:

—Mira qué contraste, estas figuras son clásicas por excelencia, y esto es pura fantasía, vas á ver qué efecto tan distinto.

—Vamos á ver, le decía Chona meciéndose en un sillón de metal, ponlos como yo te digo y....

—¿Y qué?....

—Y me gozaré en verte trabajar.

—¿Te gustan los hombres trabajadores?

—Me gusta verte ir y venir, me parece que eres mi cuadro y yo soy tu pintora.

—¿Estás contenta de tu obra?

—Sí.

—Cada día....

—¿Qué?

—Cada día te amo más.

—¿De veras?

—¿Que si deveras te amo? oye, dijo Salvador que, haciendo rodar una góndola á los piés de Chona, se sentó y continuó en seguida.

—El hombre es rey: se fabrica palacios en las nubes; cuando se habita uno de esos palacios, es porque se ha dejado rodar al mundo al rededor de nosotros; se puede ser un sol de amor, centro que reconocen los demás afectos humanos, como el sistema planetario; todo emana de mi amor, y mi amor lo atrae todo á sí; mi amor es inextinguible:

—Mi querido sol ¿y yo soy tu tierra?

—Más todavía.

—¿Qué soy entonces?

—Mi esencia, mi lumbre, mi luz.

—Así me gusta más, porque la tierra es muy pequeña para el sol.... ¿Qué estás mirando? dijo después Chona, cambiando de tono.

—El reloj.

—¿Y son?

—Las doce.

—Entónces tú pusiste el reloj.

—¿Por qué?

—Estabas alumbrando tanto que dieron las doce.

—¿Ya lo ves? las horas son las que vienen á buscarnos, vamos á ver el reloj de arena.

—¡Caball! íbamos á ver si duraba una hora.

Chona se paró, y reclinándose graciosamente en el hombro de Salvador, juntó su cara con la de él para ver el reloj de arena.

—En este momento acaba, dijo

—¡Otra hora! murmuró Salvador con cariño, y luego dijo con entusiasmo ¡otra pulsación!

¡Qué horas tan felices! todas habían sido empleadas; todavía les faltaba ver muchos grabados, todavía tenían que brotar muchas flores, todavía había por hacer varios trajes, y que destapar muchos pomos de esencias.

Así pasaron varios días; en aquel pequeño retrete había tanto confort, se estaba allí tan bien, que los pedazos de cielo azul,

que veían de vez en cuando, solían tener una intensidad de luz tal que les lastimaba la vista.

Vivir á media luz era su anhelo.

Pasaron mas días.

Salvador era tan elocuente, hablaba tan bien, tenía tan bonitas ocurrencias, que Chona estaba encantada.

Brotaban como de un Kaleyoscopio nuevos encantos á cada jiro: ¡cuánto amor, cuánto, cuánto!....

Un día Chona se mecía en un sillón de metal. Venus no hubiera tenido sobre la espuma del mar oscilaciones mas voluptuosas; y así como las plantas se alimentan con el oxígeno que deben aspirar con delicia, robándosele en las noches, Chona vivía aspirando las esencias de su retrete, mezcladas con las zalamerías de Salvador.

Estaba sola.

Era aquello un verdadero accidente, sentía por momentos los pasos de Salvador: lo esperaba.

Tenía Chona los brazos caídos sobre su

propio regazo, tenía esa actitud del que nada hace, y no tiene nada que hacer; aquellas manos descansaban, descansaba el cuerpo, descansaba hasta el pensamiento.

La frente de Chona era espaciosa, tersa, aterciopelada y recibía la Crema de Oriza, como las mariposas su polvo de oro, como los pétalos de las flores el color de su familia.

Sobre aquella frente vino á posar sus belludas patas una mosca.

La mosca es la prosa, es la mas desapacible de las trivialidades; pero la mosca en el pleno goce de sus derechos eligió la frente de Chona, no sabemos para qué.

Chona espantó la mosca, levantando una mano: la mosca describió un círculo y volvió á posarse en la frente de Chona.

Chona la volvió á espantar de nuevo; de nuevo la mosca tornó á la frente.

Chona insistió y la mosca no desistió.

Levantóse Chona del sillón y se puso frente al espejo con objeto de impedir que la mosca volviese á parársele sobre la fren-

te; pero no bien había fijado la vista en el espejo para espiar la ocasión de impedir á la mosca su intento, cuando ésta volvió á pararse en el mismo lugar, y entonces no sólo hizo sentir á Chona el escozor de patas, sino una formal picadura.

Chona se dió otra palmada, y se rascó la frente con impaciencia creciente porque quiso ver en aquella mosca tan impertinente una intención deliberada, y como sugerida no por un sér irracional, sino por quien pudiera tener un encono manifiesto contra ella.

No es raro que la mujer descienda á este género de puerilidades, ni que haga personificaciones, tomando las cosas por lo serio, aun cuando se trate de un muñeco ó de un juguete.

Chona al menos así lo hizo; se ensañó contra la mosca, hubo más, se llenó de una ira digna de mejor causa, y se sintió profundamente contrariada.

Cambió de lugar, y todavía una vez más la mosca volvía á picarla, y esta última

acometida acabó por desmoralizar completamente á Chona y se puso á llorar.

Entró Salvador.

—¿Qué tienes? le dijo, ¿qué te ha sucedido? me he tardado porque....

—No, no es eso.

—¿Pues qué te pasa?

—Oye Salvador: soy muy desgraciada.

—Habla.

—Lo dicho, soy muy desgraciada.

—¿Quién te ha disgustado? dímelo, ¿quién se ha atrevido á?....

—Te lo diré, escucha, me ha disgustado profundamente....

—¿Quién?

—Una mosca.

—¿Una mosca?

—Sí, una mosca impertinente, una de esas moscas insoportables que se ha obstinado en picarme en la frente: mira.

—Chona mostró las señales recientes que sus dedos habían estampado.

—Efectivamente, dijo Salvador con naturalidad, te ha hecho daño.

- Hace media hora que estoy luchando.
—¿Con la mosca?
—Sí, con ese animal infame.
—Mira: voy á poner aquí papel envenenado para que mueran todas ¿estás conforme?
—Sí, que mueran todas las moscas.
—¿Y sólo por esto te has afligido tanto?
—¿Y te parece poco?
—Ya se vé, la cosa no merece la pena.
—Eso será para tí que no lo has sufrido; pero te aseguro que una mosca, tan insignificante, y todo como es, es capaz de poner á uno de mal humor.
—Pues que se olvide todo, afuera nimiedades.
—¡Nimiedades! insisto en que como á tí no te ha picado....
—Ya lo creo, en ese caso yo sería el impaciente.
—Pero yo no sería entonces la que me burlara de tí.
—Yo no me he burlado.
—Sí, te has reído.

- Era natural, me ha caído mucho en gracia que te disgustes con una mosca.
—No, pues esto no tiene nada de gracioso.
—No lo tendrá si no quieres, pero de todos modos lo mejor es olvidar esa contrariedad, y no ceder nuestras ventajas de posición y nuestra alegría, á contratiempos de tan poca monta.
—¿Sabes, dijo Chona con cierta impaciencia, que estoy dispuesta á probarte que esto no es una cosa insignificante?
—¿Sí?
—Exactamente; voy á probarte que en esto hay algo que vale un poco más la pena de fijarse en ello.
—¿Vas á probarme eso?
—Sí.
—Pues ya te escucho; porque eso va á estar curioso.
—Mira, Salvador, la felicidad es una cosa imposible en el mundo.
—¿Por qué?
—Porque supuesto que estamos sujetos á que una mosca nos la arrebate....

—Concediendo que nos la arrebate.

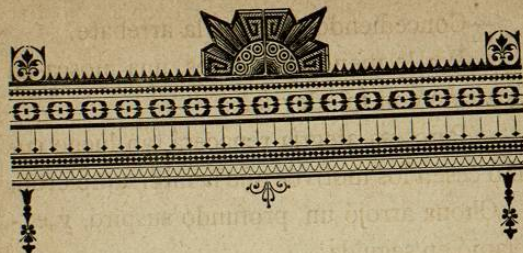
—Por lo menos, ya lo ves, una mosca ha acabado con mi alegría.

—Pero esa alegría renacerá tan luego como cesen los motivos que la interrumpieron.

Chona arrojó un profundo suspiro, y exclamó en seguida:

—Necesito hablar.

Salvador acercó más su silla, y se puso en actitud de oír atentamente.



CAPÍTULO VII.

LA MOSCA IMPERTINENTE.

VOY á confundirte, dijo Chona; ahora me toca á mí ser la que vea claro: por desgracia, mi vista no se ha empañado. ¡Ay! cuánto hubiera dado por algo de ofuscamiento, de locura, de ceguedad; al menos, en todo eso podría encontrar una disculpa.

—¿Pretendes disculparte? ¿vas acaso á moralizar? Ya sabes que yo encuentro todo